

continua; estos mismos textos se superponen y entrecruzan unos a otros" (*El yo minimalista*, p. 25).

De Souza nos ha dejado un texto abierto, un modelo de abordaje teórico abierto a una exterioridad que su propia producción ha recogido en ulteriores trabajos y líneas de investigación; pero, sobre todo, nos ha dejado el legado de un espíritu de sospecha siempre fascinante: un modelo ideológico es siempre un dispositivo político que recoge las sendas embrolladas de un determinado conglomerado histórico.

El autor nos invita a la tarea deconstructiva de desmontar ficciones y el lector debe precaverse de esta trama política, de este juego de ocultamiento-desocultamiento. Lentamente sobre la superficie extendida y explicitada de un tema se desocultan otros territorios y otros recorridos de lectura. Esa es la riqueza del texto.

CECILIA COLOMBANI (UM)  
ceciliacolombani@hotmail.com

---

EURÍPIDES (2007) *Tragedias I. Alcestitis. Medea. Hipólito. Andrómaca*. Traducción, notas e introducción de Juan Tobías Nápoli. Buenos Aires: Colihue (Colihue Clásica), 488 pp. ISBN: 950-563-012-3.

---

La colección Colihue Clásica, de la editorial Colihue de Buenos Aires, incluye en su catálogo –tomando el sentido amplio del término “clásico”– autores tan imprescindibles como William Shakespeare, Tomás Moro, Terencio, San Agustín, Goethe, Kant, Conan Doyle, Durkheim, Aristóteles y Eurípides, entre muchos otros. Las versiones al español, acompañadas de introducciones y de notas, han sido encomendadas en general a eruditos de amplia trayectoria tanto en la labor de traducción cuanto en la producción crítica sobre los escritores elegidos para conformar la presente colección. Y ese es el caso, precisamente, de Juan Tobías Nápoli, doctor en Letras por la Universidad Nacional de La Plata y uno de los mayores especialistas de nuestro país en la obra euripídea.

Ya desde la Introducción, que abarca ciento cincuenta páginas y constituye un verdadero estudio crítico sobre Eurípides y su teatro y las

cuatro tragedias que se presentan en este primer volumen, puede apreciarse el fluido manejo de la tradición crítica sobre el tragediógrafo del que hace gala Nápoli. Ello se nota muy especialmente en el equilibrio que existe entre el carácter divulgativo de esta introducción y la acertada remisión, casi siempre en notas al pie, a bibliografía específica (clásica y actualizada) y a las fuentes antiguas que permiten, por ejemplo, reconstruir vida y obra de Eurípides. Muy interesante resulta, además, la clasificación temática elegida –entre otras posibles– para el corpus de las obras conservadas (dieciocho tragedias y un drama satírico), que podría resumirse –parafraseando a Horacio Quiroga– en “tragedias de amor, de locura, de muerte y de guerra” (cada una acompañada de su fecha, tentativa en muchos casos, de representación).

Este primer volumen reúne las llamadas “tragedias de amor”: *Alcestris*, *Medea*, *Hipólito* y *Andrómaca*. Después de realizar un análisis general del tema del amor en la tragedia eurípidea, Nápoli se detiene en una profundización detallada y en una interpretación personal de ellas, además de brindarnos una definición esencial del tema de cada una ya desde el título que encabeza los diferentes apartados: “*Alcestris*, o la tragedia del amor callado”, “*Medea*, o la tragedia del amor frustrado”, “*Hipólito*, o la tragedia del amor oculto” y “*Andrómaca*, o la tragedia del amor ausente”. Estos estudios presentan una estructura idéntica en todos los casos: fecha y género en que se inscribe la obra, los precedentes literarios, el tratamiento eurípideo de la materia literaria, la estructura compositiva y una conclusión. La introducción se cierra con un apartado sobre el criterio seguido para la versión a nuestra lengua y una completa bibliografía.

La entrada en el texto eurípideo propiamente dicho tiene algunas características dignas de señalarse. En primer lugar, la edición cuenta con un detalle de la estructura de cada tragedia, con la especificación de las diversas partes (prólogo, párodo, episodios, estásimos, éxodo) y la enumeración del número de los versos que cada una de ellas abarca, así como también el listado de los personajes que participan de la acción (*Dramatis personae*) y una breve descripción de la escena; se ha optado, sin embargo, por no incluir los llamados “argumentos”, resúmenes (tardíos) del contenido del drama, que suelen incluirse canónicamente en ediciones y traducciones. Las cuatro versiones, además, si bien están realizadas en prosa,

llevan la numeración marginal señalada cada diez líneas que siguen el texto original versificado. Y las diversas partes, mencionadas más arriba, se hallan separadas en el cuerpo del texto por la correspondiente indicación (prólogo, párodo, etc.). Las notas al pie, que buscan acercar al lector datos que han de reponerse para una mejor comprensión y que en algunos casos interpretan los pasajes que glosan, merecen destacarse por la exhaustividad que muestran y apuntan a señalar principalmente aspectos del contenido, aunque también tocan los planos lingüístico y ecdótico.

Desde el punto de vista del lenguaje, la opción para traducir es la más habitual en lengua castellana fuera de España: el “tú” para la segunda persona del singular y el “ustedes” para la segunda del plural, con sus respectivas formas verbales y pronominales. La lectura fluye con gran naturalidad (ese artificio tan difícil de lograr, como señaló Borges alguna vez), en un interesante movimiento que va de la literalidad a la literariedad, que es a lo que toda traducción secretamente (o abiertamente) aspira (o debería aspirar).

Por poner solamente un ejemplo, y verlo en relación con otras versiones (pero sin ánimos de comparación), tomemos un pasaje del *Hipólito*, los versos 73 a 87: la célebre plegaria de Hipólito a Ártemis. Hay al menos dos traducciones castellanas previas que cuentan con el beneplácito de críticos y lectores. Una es la de Alberto Medina González para la editorial Gredos:

A ti, oh diosa, te traigo, después de haberla adornado, esta corona trenzada con flores de una pradera intacta, en la cual ni el pastor tiene por digno apacentar sus rebaños, ni nunca penetró el hierro; sólo la abeja primaveral recorre este prado virgen. La diosa del Pudor lo cultiva con rocío de los ríos. Cuantos nada han adquirido por aprendizaje, sino que con el nacimiento les tocó en suerte el don de ser sensatos en todo, pueden recoger sus frutos; a los malvados no les está permitido. Vamos, querida soberana, acepta esta diadema para tu áureo cabello ofrecida por mi mano piadosa. Yo soy el único de los mortales que poseo el privilegio de reunirme contigo e intercambiar palabras, oyendo tu voz, aunque no veo tu rostro. ¡Ojalá puede doblar el límite de mi vida como la he comenzado!

La segunda es obra de Carlos Miralles para la editorial Bosch:

Te traigo, señora, esta trenzada corona que he hecho para ti con las flores de una pradera intacta donde ni el pastor ha llevado sus rebaños a pacer ni entró jamás el hierro –pradera intacta que en primavera recorren las abejas y que Aidós hace florecer con gotas de fluvial rocío. A cuantos son por naturaleza completamente castos y nada tienen que aprender respecto a esta virtud, les es dado frecuentarlo, pero no a los réprobos. Ea, mi señora, recibe de una mano reverente esta diadema para tus rubios cabellos. A mí, único entre los mortales, me ha tocado este privilegio, que, aunque no puedo ver tu rostro, sí puedo estar contigo, oír tus palabras y responder con las mías. Pueda, como la empecé, llegar al término de mi vida.

Y tenemos, por último, la versión de Juan Tobías Nápoli para Colihue:

A ti, señora, te traigo esta corona que he trenzado; ella proviene de un prado intacto, donde ni el pastor cree conveniente hacer pastar a sus rebaños, ni el hierro llegó nunca, sino que solamente lo atraviesa la abeja de la primavera, y lo cultiva el Pudor con sus rocíos fluviales. Y a quienes nada les ha sido enseñado, sino que son siempre sensatos por su propia naturaleza: solo a ellos les es lícito cosechar, pero no a los malvados. Sin embargo, querida señora, recibe la diadema de tu áurea cabellera de parte de mi piadosa mano. Pues yo solo entre los mortales tengo este privilegio: no solo estoy junto a ti, sino que también intercambio palabras, oyendo tu voz, aunque sin ver tu rostro. ¡Ojalá doblara yo el término de mi vida tal como lo comencé!

Las tres tienen sus virtudes y sus posibles puntos criticables (toda traducción los tiene), pero cada una es personal, distinta, y nos muestra por qué los textos pueden volver a traducirse infinita cantidad de veces. Creo que este botón de muestra justifica sobradamente esta nueva versión (y hay que prestarle especial atención a la musicalidad y al ritmo). Y, claro está, también todo lo que se ha dicho más arriba acerca de la concepción de todo el volumen.

HERNÁN MARTIGNONE (UBA)  
hmartignone44@hotmail.com